

EL ORO Y EL MORO

Por José Luis HERRERA

Al pueblo ligeramente soberano se le estaba prometiendo, por el aquel de la fecha, el oro y el moro. Los más ingenuos de la localidad ya contaban con el oro del sorteo de Navidad, de buena mañana; con el oro del presupuesto nacional, en la sobremesa, y al atardecer, el moro, don Alfonso Guerra, como quien dice, para redondear un día memorable. Pero el oro lotero se fue al Banco de Bilbao. Hartas se murieron de decir mis tías mayores que «dinero llama a dinero». Y el moro polisario general de diatribas y amenazas estuvo por ver. Y aquí no hay más oro que el que se pasó todo el día reluciendo, por aquello del bostezo general en que se ha quedado el asunto parlamentario y que, como suele suceder, ha enseñado más postizos que los de la cuenta. No hay vida más dura que la de un diputado consciente. Que, por lo que se les oye, últimamente son casi todos.

Hemos sido conscientes, hora tras siglo, de lo conscientísimos que son nuestros diputados, en líneas generales de la ley. De un tiempo a esta parte, en la política española nadie sabe gran cosa. Todo el mundo se conforma con ser consciente y no cansarse de decirlo. Por el aquel del contagio, claro, uno ha sido consciente de que nuestros diputados opositores, que se componen de la alternativa de poder y los novilleros de querer, han echado el día, con vistas a la liturgia navideña, al insobornable propósito de la enmienda. Porque no han podido caber más enmiendas-hora, ni ha habido una sola que haya pasado del mero propósito. El día que caiga por la Carrera de San Jerónimo un diputado capaz de aguantar el tipo sin enmendarse, le va a pasar eso que sueña don José María de Areilza cuando le dan las palúdicas: que le van a meter por los ojos el Poder.

El parlamento cartilaginoso de nuestra democracia en vías de sólo-bus tiene su mecánica: una tierna y pelmazosa mecánica menuda. Una de las esencias más modulares de lo español ha consistido en nombrar una comisión en el punto y hora en que alguien decidía no tener que decidir nada y, por consiguiente, no dar golpe para acercarse a la decisión. Es una fórmula de éxito resplandeciente. Porque, comunmente, la comisión tampoco decide y así no hay modo de equivocarse. Y si se produce el fenómeno atmosférico de que la comisión decida, como ha sido ella, tampoco hay manera de que se equivoquen los demás. Es claro que la democracia —aun nadando braza en el líquido amniótico— ha sido capaz de acabar con el equilibrio, incluso de la atmósfera. De manera que, cuando un proyecto de ley sale de las manos diestras —o siniestras— de la comisión, lo que sale está decretado y divinamente decretado por los minutos de los siglos. Y para hacerse plomo en la imprenta del «Boletín Oficial», ya no le falta más que un trámite: el festival de la enmienda, que algo queda, aunque sólo quede el desfile de modelos parlamentarios que se estuvo padeciendo ayer.

¿Vivir para ver? Pues, por lo menos, padecer para contar. Sólo faltaba que, después de la cataplasma dialéctica que nos sirvieron, uno no pudiera ni siquiera contarla. Así que ya está. A las diez y media, que son las diez del que convoca, el presidente don Fernando requirió silencio. Segunda y tercera vez, como en las bodas antiguas, requiriólo. Y sin comprobar si se había conseguido, empezó la cosa. Misericordiosa homilía del ministro de Hacienda, que se llama Francisco y ha ejercido. Sin pretensiones. Con la humildad que su nombre indica. Un quedar bien con el hermano presupuesto. Y once horas largas dedicadas a la voluptuosidad de la enmienda. Una bacanal. Y un punto culminante: cuando rondaban las seis de la tarde, un enmendante socialista y catalán disertó generosamente para decirnos, sólo al final, como en las novelas de intriga y en los embarazos involuntarios, que aquello venía a cuento porque retiraba la enmienda. Mientras uno pensaba, con la tonelada en el párpado, que en este sitio lo único que no tiene enmienda es la enmienda misma.

Mal día para los buscadores de oro. Aunque hubiera, dentro del oro fugaz y presupuestario, su poquito de oro negro y su pelizco del oro de Moscú. Y una verdadera ruina para los que se echaron a la tribuna por el aquel del moro; tan sólo el discreto encanto gris de su chillaba; mientras estaba silencioso, como un Escorial amenazador, junto a la silla de don Felipe, y, por supuesto, el gesto alegre de su faz, para que no se pierda por la letra una música tan hermosa.

Y movimiento. Casi todo el movimiento. Parece que el amplio secretariado de la Cámara está pensando en ordenar el tráfico de diputados durante los debates. Lúcido propósito. Da lo mismo que la voz de turno sea esa voz de diputado de la minoría, hecha como a la medida para que nadie se sienta obligado a escucharla, o que sea la voz de socialista, que existe y está divinamente diferenciada; la del señor Solana, un ejemplo: que no es la voz de la oposición, sino de la alternativa, y sirve para que el brindis al sol se oiga hasta por la noche. Hable quien hable, los diputados hacen footing. Están en movimiento. Acaso porque un quinto de ellos, imitando al Poder, lucía ayer camisas de un azul prudentemente pálido.